

efectuar el movimiento, por cuyo motivo fué acusado de desobediencia; el hecho es que este contratiempo decidió del éxito de la jornada. Jackson, después de haber rechazado todos los ataques contra sus atrincheramientos, comenzó á retirarse lentamente en el mejor orden, causando al enemigo que le seguía de cerca graves pérdidas, pero al ver que el general separatista se replegaba, Pope se apresuró á espedir un parte á Washington anunciando que acababa de alcanzar una victoria. Sin embargo, aquella misma noche un destacamento de Jackson, que estaba encargado de custodiar las cercanías de Manassas-Gap, cayó sobre la avanzada federal que guardaba aquel paso, y dejó este espedito para la vanguardia de Longstreet, que bajaba de las colinas con un refuerzo considerable de tropas, y que había seguido exactamente el mismo camino que Jackson.

El ejército federal no contaba ya apenas con víveres ni municiones, pues el general en jefe no estaba conforme aun con Mc Clellan acerca el modo de aprovisionar á las tropas para que pudiesen continuar la lucha; estas se hallaban desanimadas en extremo; los generales de division no tenían confianza alguna en su jefe; muchos ni aun estaban dispuestos á obedecerle, y en una palabra, el ejército todo reconocía cuán humillante sería una retirada. Había circulado ya el rumor de que los separatistas acababan de recibir refuerzos considerables, y que los generales Hill y Longstreet iban á ponerse á la cabeza de doscientos mil hombres para atacar de flanco al ejército federal y cortarle la retirada por Alejandría. Prescindiendo de esto, hallábanse poseidos los separatistas del mayor ardimiento y confianza; las tres divisiones del general Jackson que tantas victorias alcanzaran, habían encontrado en

los depósitos sorprendidos todos los víveres y municiones que necesitaban, y no es por lo tanto de estrañar que á la vista de nuevos refuerzos, ardiesen los separatistas en deseos de renovar una lucha que debía asegurarles la victoria.

Bajo estas condiciones tuvo lugar la segunda batalla de Bull-Run llamada tambien de Gainesville, batalla que por lo demás ganaron los separatistas sin encuentros muy sangrientos. Lee acababa de llegar tambien para encargarse del mando, y en la mañana del 30 de agosto, mandó á sus tiradores comenzar el ataque á fin de ocultar el movimiento del general Longstreet, cuya division, moviéndose hácia la izquierda sobre la derecha de Jackson, había efectuado su evolucion antes de medio dia, formando con sus tropas una especie de horquilla en el flanco de los federales. La batalla no se generalizó hasta la una de la tarde, y ya á las primeras descargas, el ejército federal que no había tomado aun posicion, comenzó á ceder sufriendo grandes pérdidas á causa del fuego cruzado del enemigo; la division de Porter sobre todo, que formaba aquel dia el ala izquierda, experimentó sensibles bajas, pero felizmente todo el terreno de la parte occidental de Centerville, en la direccion del Potomac, estaba libre, y podia por lo tanto asegurarse la retirada. Á la noche siguiente, los unionistas se replegaron en el mayor desorden sobre el terreno muy accidentado que rodea á Centerville, precisamente en el mismo sitio donde un puñado de valientes había cubierto la retirada de los vencidos en la primera batalla de Bull-Run. Franklin y Sumner llegaron casi al mismo tiempo con unos veinte mil hombres de refuerzo, pero este número apenas bastaba, segun confesó el mismo Pope, para reparar las pérdidas sufridas en los dias anteriores.

Á escepcion de Sumner y de Kearney, quienes no podian soportar la idea de una retirada, los demás generales opinaban que era preferible suspender la lucha, por mas que los separatistas se hallasen tambien en extremo fatigados.

El general Lee dejó pasar todo el dia 31 sin hacer ninguna tentativa para obtener nuevas ventajas, pero á la mañana siguiente hizo avanzar á la division de Jackson á través de las colinas, con objeto de obligar á Pope á continuar su retirada si queria evitar ser atacado por el flanco; el general unionista, no queriendo esponerse á semejante eventualidad, emprendió la retirada por Fairfax, limitándose á insignificantes escaramuzas.

El general Lee, sin embargo, iba estrechando cada vez mas á los unionistas, quienes, á pesar de las graves pérdidas que habían experimentado, se batieron aun valerosamente, dando esto lugar á numerosos actos de abnegacion y arrojo. En las cercanías de Chantilly, varios destacamentos federales, reunidos bajo su bandera, opusieron una resistencia enérgica, pero allí tambien murieron dos de los mejores generales unionistas, Stevens y Kearney, cuando trataban de ordenar su gente para tomar la ofensiva. El impetuoso Kearney, de cuyo arrojo ya hemos hablado, cayó como un héroe en medio de los suyos, y aunque agonizando á consecuencia del balazo que le había atravesado el pecho de parte á parte, sin soltar las bridas de su caballo ni su espada, pedía á gritos que volvieran á colocarle en la silla. Su muerte fué sentida vivamente por todas las tropas, pues destruía grandes esperanzas poniendo fin á la gloriosa carrera de aquel que había combatido con la mayor intrepidez en tres partes del mundo.

La retirada del ejército federal continuó sin interrupcion, y el 2 de setiembre ocuparon las obras defensivas de Alejandría y del Potomac los restos del ejército unionista. **1862.**

En el parte oficial remitido por el general Lee á su Gobierno, manifestaba este jefe que durante su campaña contra el general Pope había cogido mas de siete mil prisioneros, sin contar unos dos mil heridos que dejaron los unionistas en su poder. Lee se apoderó además de treinta piezas de artillería, veinte mil armas pequeñas y un número considerable de tiendas de campaña y pertrechos militares. Las pérdidas de los separatistas en los combates que mediaron desde la montaña de Cedar hasta Chantilly, no bajarían probablemente de quince mil hombres, pero los federales tuvieron lo menos treinta mil bajas. Entre los muertos figuraban, además de los generales unionistas Stevens y Kearney, los coroneles Fletcher y Webster, O'Connor, Cantwell, Brown y otros oficiales distinguidos de elevada graduacion.

En aquella ocasion pudo apreciarse la prevision del general Mc Clellan, quien durante el otoño anterior no había omitido sacrificios de ninguna especie para fortificar las líneas de defensa de Washington. Sin estas, nada hubiera impedido al general Lee penetrar en la capital para dar un golpe contundente al Gobierno unionista, y aun acaso, á pesar de las fortificaciones, menos sólidas en realidad de lo que parecían, si el general confederado hubiese sido mas emprendedor, habríale sido fácil cercar á Washington. Lee, sin embargo, se limitó á rechazar á su enemigo llegando casi hasta las alturas de Arlington.

Como es de presumir, todos estos acontecimientos sembraron la alarma en la capital de la Union, y el estampido de los cañones del Sur, causó la mayor inquietud al Poder

ejecutivo. El Presidente y su Consejo debieron convencerse que el general en quien confiaban no era á propósito para el caso, y que sus partes inexactos no habian servido sino para hacer mas penosa la realidad de la derrota; era preciso elegir inmediatamente otro jefe que supiera reorganizar el ejército, y el Gobierno no pudo menos de pensar en el hombre que por mas que se dijera habia hecho ya sus pruebas en la península, y sabido crearse en poco tiempo cierta reputacion.

El general Mc Clellan á su regreso de Harrison's Bar, se habia quedado solo con doscientos ó trescientos hombres, para inspeccionar los trabajos en Alejandria y Washington, y hasta se pensaba retirarle el mando tan pronto como Pope hubiese terminado felizmente su campaña. Entre tanto y por decreto de 29 de agosto, las fuerzas **1862.** que estaban delante de Washington se repartieron en tres cuerpos al mando de Pope, de Burnside y de Mc Clellan, pero estos dos últimos debian limitarse á sostener el primero, y durante algunos dias las funciones del jefe del ejército del Potomac se redujeron á destacar sus tropas para reforzar las líneas del general Pope. En pocos dias, no obstante, dió tales vueltas la rueda de la fortuna, que Mc Clellan, segun iban aumentando los reveses de Pope, iba saliendo de su desgracia para convertirse en un áncora de salvacion. El Gobierno se veia moralmente en la obligacion de ponerle otra vez á la cabeza del ejército, tanto mas cuanto que en opinion del público era el único general capaz de reparar los desastres sufridos. La simpatía que inspiraba Mc Clellan á los veteranos de la península, parecia haberse comunicado á las demás tropas, y nunca como entonces hubiera podido imponer condiciones. Mc Clellan, sin embargo, solo aceptó pura y simplemente el cargo de

general **en jefe** de todas las fuerzas reunidas alrededor de la capital, cargo que se le ofreció **autorizándole** para echar mano de cuantos **medios** creyese necesarios para la defensa de Washington. Mc Clellan se encargó pues del **mando** el dia 2 de setiembre, sin **1862.** mas que una orden verbal del general Halleck, y viendo despues que el Gobierno no se daba prisa en manifestarle oficialmente **qué** línea de conducta debia seguir, obró de **la** manera que creyó mas oportuna, y durante algun tiempo, se dió el estraño espectáculo en una nacion libre, de ver á Mc Clellan revestido de poderes absolutos como **generalísimo**, no debiendo esta autoridad **suprema** sino al descuido del Gobierno y á la confianza de las tropas. No obstante, antes de pensar en la reorganizacion completa de su ejército, era preciso arreglar sus movimientos con los de su enemigo, y á esto es á lo que se consagró Mc Clellan desde luego.

El desgraciado Pope fué destituido bruscamente y se le envió al Noroeste á desempeñar una mision oscura contra los indios del Minnesota que acababan de insurreccionarse despues de cometer crímenes horribles. Mc Dowell, que habia auxiliado á Pope lo mejor que pudo, del mismo modo que lo hiciera antes con Mc Clellan, y que se habia distinguido en la última batalla de Bull-Run, no escapó tampoco de la censura, y se le acusó con tal persistencia de ineptitud, de traicion y de cobardía, que se creyó obligado á resignar el mando, exigiendo que se abriese una informacion sobre su conducta. Las declaraciones que hizo con este motivo, fueron las que podian esperarse de un bravo militar y de un hombre de honor, é inútil parece decir que le rehabilitaron completamente, y se le repuso en su cargo por el general Hooker.

Al general Reno, oficial del antiguo ejército regular de Burnside, quien se habia distinguido por su actividad en la retirada, se le confió el mando de un cuerpo de tropas. Los oficiales que antes sirvieran á las órdenes de Mc Clellan, Stoneman y Keyes, se acababan de retirar del servicio por motivos de salud; las tropas de su mando se repartieron entre otros cuerpos, y la caballería se confió á Pleasanton, jóven oficial de notable energía, que seguramente iba á encontrar en el general Stuart un terrible adversario.

El Gobierno dispuso que se hicieran nuevas levadas y se organizaran otras divisiones: el 2 de julio se habian ya enganchado trescientos mil voluntarios por tres años **1862.** y el 4 de agosto otros trescientos mil por nueve meses, pero esta medida disgustó á la mayor parte de los Estados. Mas adelante veremos cómo se repartió el nuevo ejército del general Mc Clellan y entre tanto volvamos á los separatistas que se disponian á continuar la ofensiva invadiendo el Estado de Maryland.